

Reflexions sobre els llibres

A darrera hora, les biblioteques

Hi ha un moviment en bastants punts d'Europa orientat a l'increment de les biblioteques; hom constata que no hi ha prou biblioteques públiques, ni de patrocini privat, ni de l'Administració, i que tampoc no hi va massa gent. No és poc sovint que en una població se'ns queixen que a la biblioteca existent només hi van quatre criatures a llegir revistes infantils. Abans, també hi anaven quatre vells a l'hivern, a estar calentons esperant l'hora de sopar: ara, havent-hi televisions, els vells han deixat de llegir...

Com poden envigorir-se les biblioteques? La gent, ella sola, no ho farà pas. No perdem de vista que el fet físic de llegir representa sempre un esforç. Que més del cinquanta per cent de persones no senten el desig de llegir, d'enfocar retina i còrnia i cristallí vers un text escrit. Així, envigorir, reforar les biblioteques se'ns convertiria en una acció política.

La biblioteca només pot fer-se atractiva a l'escola: petites biblioteques de classe, millor biblioteca de consulta a nivell de tot el centre... i, després, biblioteca municipal, que cal que sigui de préstec i, a nivell d'infants, amb servei de fitxes elaborades pels mateixos petits lectors. Volem dir fitxes de lectura, no pas de referència.

La biblioteca, per les raons exposades, sempre és la darrera conveniència a omplir: sembla que tot sigui més important que no els llibres.

Per paradoxal que sembli, són els rivals del llibre, els medis audiovisuals, els qui han de fer la propaganda de la lectura. Convé que els llibres siguin anunciats a televisió i la ràdio i al cinema. Féu més propaganda a favor dels llibres la pel·lícula de ciència ficció «Fahrenheit 451» que no cinquanta inauguracions brillants d'altres tantes biblioteques.

Acció política, doncs, coordinada, a nivell estatal, educatiu, municipal: amb incentius, premis, estímuls. Retornem a la lectura el seu paper cultural, espiritual, fins i tot divertit que ha tingut durant tants de segles.

Josep VALLVERDÚ

El libro Español en el siglo XVIII

Como contribución al día del libro, celebrado el pasado 23 de abril, fecha instituida para conmemorar el día de la muerte de nuestro más insigne escritor, que acaeció en 1616, vayan estos datos que ahora pueden resultarnos curiosos sobre la difusión del libro en el siglo XVIII.

En primer lugar, mejora la calidad de la impresión con respecto al siglo anterior. Sin embargo aún existe el problema de la distribución, que se va subsanando con la inclusión, al final de cada libro, de todas las obras editadas y que pueden adquirirse en una determinada librería. Más tarde, llegaron a insertarse anuncios en los periódicos indicando las librerías en donde podían encontrarse las últimas novedades literarias.

En cuanto al número de ejemplares que se tiraban en cada edición nos parecerá muy exiguo: la tirada normal era de unos 1.500, y raramente, sobrepasaba los 2.000. Así la edición del año 1777 de «El Quijote», fue solamente de 1.500 ejemplares, a pesar de que era una obra muy solicitada por el público.

¿Por qué, podemos preguntarnos, las tiradas eran tan escasas, si hoy los libros que están de moda alcanzan los cien mil y más ejemplares? Primeramente hay que tener en cuenta el número de habitantes: el censo de 1768, da a España una población de 9 a 10 millones. También debemos pensar en el grado de cultura existente en este siglo; hace exactamente cien años, en 1877, el 75 por cien de los españoles eran analfabetos; por tanto, se puede sospechar, sin temor a equivocarse, que en el siglo XVIII, fuera todavía mayor el número de analfabetos. De todo esto podemos deducir que poco más de

un millón de españoles sabían leer y escribir en este siglo.

Otra causa importante en estas tan pocas ediciones está en el muy elevado precio de los libros, que sólo podían estar al alcance de la clase privilegiada. Un volumen venía a costar entre los 15 y los 20 reales. Para darnos una idea de lo que esto suponía conviene saber cuál era la cuantía de los sueldos; y como ejemplos, tenemos el salario mensual de un criado, que era de 25 reales, y el de un jornalero, que ganaba sobre los 6 reales diarios. En consecuencia, un criado, para poder comprarse un libro, tenía que invertir casi todo lo que ganaba en un mes. La edición de 1765, del «Teatro crítico universal» y «Cartas eruditas», de Feijoo, en 13 volúmenes, costaba 210 reales; y «La Araucana», de Ercilla, al año siguiente, 22 reales.

Consolémonos pues, pensando en los precios de estos libros, y no pongamos la excusa de que actualmente los libros son también caros para no comprarlos. Y no los arrinconemos, como si fueran una figura decorativa más, en nuestra librería del cuarto de estar...

José Luis Lasheras,
I.N.B. de Bellpuig



Venda de Pis

amb xamfrà

al carrer Travessera de Mn. Cinto

Verdaguer, s/n. - 4.^o - 2.^a



RAÓ:

TELÈFON 85

Artesa de Lleida